

Cuadernos del Sur

Número 7



Abril 1988

Tierra  fuego
del

LAS ANTINOMIAS DE ANTONIO GRAMSCI*

Perry Anderson

III

LA COMPARACION ENTRE ORIENTE Y OCCIDENTE

Ahora ya podemos retomar la famosa comparación entre Oriente y Occidente contenida en los *Cuadernos de la cárcel* con la que comenzamos. Gramsci definió el contraste entre los dos en función de la posición relativa ocupada por el Estado y la sociedad civil en cada uno de ellos. En Rusia, el Estado lo era “todo:”, mientras que la sociedad civil era “primitiva y gelatinosa”. En Europa occidental, por el contrario, el Estado era meramente una “trinchera avanzada”, mientras que la sociedad civil era “una robusta cadena de fortalezas y casamatas” cuyas complejas estructuras podían resistir a las sísmicas crisis políticas o económicas del Estado. Estos textos de Gramsci, en los que trata de captar las diferencias estratégicas entre Rusia y Occidente en una revolución socialista, lo colocan aparte de sus contemporáneos. Inmediatamente después de la revolución de octubre, hubo muchos socialistas en Europa central y occidental que sintieron intuitivamente que las condiciones locales en las que tenían que luchar estaban lejos de ser como las que se habían obtenido en Rusia y así lo manifestaron desde el principio⁹⁵. Pero ninguno proporcionó un análisis coherente o una explicación seria de la fatal divergencia en la experiencia histórica de la clase obrera europea de la época. Hacia finales de los veinte, el problema del contraste entre Rusia y Occidente había desaparecido efectivamente del debate marxista. Con la stalinización de la Comintern y la institucionalización de lo que se pre-

* La primera parte de este artículo fue publicada en el número anterior.

sentó como un leninismo oficial en su seno, el ejemplo de la URSS se convirtió en el paradigma preceptivo e incuestionable en todos los asuntos de la teoría y práctica revolucionarias para los militantes en Europa. Gramsci fue un caso único entre los comunistas al persistir, en el nadir de las derrotas de los treintas, en su opinión de que la experiencia rusa no podía simplemente repetirse en Occidente e intentar entender por qué. Ningún otro pensador en el movimiento de la clase obrera europea ha abordado hasta hoy tan profunda o centralmente el problema de la especificidad de una revolución socialista en Occidente.

Pero, a pesar de toda la intensidad y originalidad de su investigación, Gramsci nunca logró finalmente llegar a una explicación marxista adecuada de la distinción entre Oriente y Occidente. La imagen cardinal misma dio muestras a fin de cuentas de no ser más que una celada. Porque una simple oposición geográfica incluye por definición una equiparabilidad no problemática de los dos términos. No obstante, trasladada a las formaciones sociales, implica algo que no se puede dar nunca por consabido: que hay una franca comparabilidad *histórica* entre ellos. O sea, los términos Oriente y Occidente parten del supuesto de que las formaciones sociales en cada uno de los lados de la línea divisoria existen en *la misma temporalidad* y pueden interpretarse por lo tanto uno contra otro como variaciones de una categoría común. Este franco presupuesto es el que yace tras los textos centrales de los *Cuadernos* de Gramsci. Todo su *contraste* entre Rusia y Europa occidental gira sobre la diferencia en la relación entre Estado y sociedad civil en las dos zonas: su premisa incuestionada es que el Estado es el mismo *tipo de objeto* incuestionado en los dos. Pero esta suposición "natural" era precisamente lo que tenía que cuestionarse.

Porque, de hecho, no había una unidad inicial para fundamentar una simple distinción entre Oriente y Occidente como la que Gramsci buscaba. En su naturaleza y estructura, el zarismo de Nicolás II era específicamente una variante "oriental" de un Estado *feudal*, cuyas contrapartidas casi occidentales —las monarquías absolutas de Francia o Inglaterra, España o Suecia— habían muerto hacía siglos.⁹⁶ Es decir, la comparación constante entre los Estados ruso y occidentales era un *paralogismo*, a no ser que se especificase el tiempo histórico diferencial de cada uno. La comprensión previa del desarrollo desigual del feudalismo europeo era pues un preámbulo necesario para una definición marxista del Estado zarista que había sido destruido finalmente por la primera revolución socialista. Sólo esto podía producir el *concepto teórico* de Absolutismo que sería el que permitiría que los militantes socialistas vieran el enorme abismo que se tendía entre la autocracia

rusa y los Estados capitalistas con los que se enfrentaban en Occidente (y cuyo concepto teórico tenía que construirse *por separado*).

El poder burgués en Occidente

El Estado representativo que había ido surgiendo gradualmente en Europa occidental, Norteamérica y Japón, después de la compleja cadena de revoluciones burguesas cuyos episodios finales databan sólo de finales del siglo XIX, era todavía un objeto político bastante desconocido para los marxistas cuando tuvo lugar la revolución bolchevique. En los primeros años de la III Internacional, la luz de octubre cegó a muchos revolucionarios fuera de Rusia impidiéndoles por completo ver la naturaleza de su enemigo nacional. Aquellos que siguieron siendo lúcidos trataron inicialmente de adaptarse a sus realidades nativas, sin retirar su fidelidad a la causa de la revolución rusa, evocando la diferencia entre Oriente y Occidente. Pero pronto desistieron. Sólo Gramsci, aislado de la Comintern, tomó de nuevo ese camino y lo continuó con un valor incomparable en la cárcel. Pero en la medida en que partió del supuesto de la simultaneidad de sus términos, el acertijo de la diferencia quedó en último término sin respuesta. El fracaso en producir un análisis científico comparativo de los respectivos tipos de Estado y estructuras de poder en Rusia y en Occidente no fue de ningún modo peculiar a Gramsci. Del otro lado de la línea divisoria continental, ningún líder bolchevique consiguió tampoco una teoría coherente de lo mismo. El verdadero contraste entre el Estado zarista y los occidentales eludía a cada uno de ellos desde polos opuestos. Así pues, Lenin nunca erró sobre el carácter de clase del zarismo: él siempre insistió expresamente, en contra de sus opositores mencheviques, que el Absolutismo ruso era una maquinaria estatal feudal.⁹⁷ Pero él tampoco contrapuso nunca adecuada o sistemáticamente los Estados parlamentarios de Occidente al Estado autocrático en el Oriente. En ninguna parte de sus escritos hay una teoría directa de la democracia burguesa. Gramsci, por otro lado, era intensamente consciente de la novedad del Estado capitalista en Occidente en tanto objeto del análisis marxista y adversario de la estrategia marxista, y también de la integridad de las instituciones representativas en su funcionamiento normal. Nunca percibió sin embargo que el Absolutismo en Rusia, con el que lo contrapuso, era un Estado feudal, un edificio político, en suma, de un orden diferente. En esta tierra de nadie entre el pensamiento de los dos, el socialismo revolucionario perdió una encrucijada teórica vital para su futuro en Europa.

En el caso de Gramsci, su incapacidad para captar esta disyuntiva histórica, ocultada por la forma geográfica de su unidad-distinción, tuvo efectos concretos en su teoría sobre el poder burgués en Occidente. Como hemos visto, Gramsci tuvo constantemente en mente el carácter gemelo de este poder, pero nunca consiguió darle una formulación estable. Por lo tanto, sus pasajes sobre la distinción entre Oriente y Occidente todos sufren de la misma falla; su lógica última consiste siempre en tender a regresar al esquema simple de una oposición entre “hegemonía” (anuencia) en Occidente y “dictadura” (coerción) en Oriente, o sea, parlamentarismo *versus* zarismo. En la Rusia zarista, “no había libertad política ni tampoco libertad religiosa”,⁹⁸ dentro de un Estado que no dejaba autonomía a la sociedad civil. En la Francia republicana, por el contrario, “el régimen parlamentario” realiza “la hegemonía permanente de la clase urbana sobre toda la población” mediante un “gobierno fundado en el consenso permanentemente organizado”, en el que la “organización del consenso es dejada a la iniciativa privada, siendo por lo tanto de carácter moral o ético, en cuanto consenso dado ‘voluntariamente’ de una u otra manera”.⁹⁹

La debilidad de la contraposición de Gramsci no consiste tanto en su sobreestimación de las pretensiones ideológicas del Estado zarista dentro de la formación social rusa, que ciertamente eran mucho más amplia que las de cualquier Estado contemporáneo occidental, aunque no tan absolutas como cree Gramsci cuando a ese Estado le atribuye el mando sobre “todo”; sino en su subestimación de la especificidad y estabilidad de la maquinaria represiva del ejército y la policía y su relación funcional con el aparato representativo del sufragio y el parlamento dentro del Estado occidental.

La formulación de Bordiga

Extrañamente, en la atormentada década de los veinte, no fue Gramsci sino su camarada y antagonista Amadeo Bordiga el que iba a formular la verdadera naturaleza de la distinción entre Oriente y Occidente, aunque nunca la teorizó y veritó en una práctica política convincente. En el fatal VI Pleno del comité ejecutivo de la Internacional Comunista, en febrero-marzo de 1926, Bordiga —para entonces aislado y sospechoso dentro de su mismo partido— enfrentó a Stalin y Bujarin por última vez. En un discurso notable ante el Pleno, dijo:

Sólo tenemos un partido en la Internacional que haya logrado la victoria revolucionaria, el partido bolchevique. Ellos dicen que nosotros deberíamos por lo tanto tomar el camino que ha conducido al partido

ruso al éxito. Esto es totalmente cierto pero sigue siendo insuficiente. El hecho es que el partido ruso luchó en condiciones especiales, en un país en el que todavía no se había llevado a cabo la revolución burguesa-liberal y la aristocracia feudal todavía no había sido derrotada por la burguesía capitalista. Entre la caída de la autocracia feudal y la toma de poder por la clase obrera hay un período de tiempo demasiado corto para que pueda hacerse alguna comparación con el desarrollo que el proletariado tiene que llevar a cabo en otros países. Pues no hubo tiempo para construir un aparato burgués sobre las ruinas del aparato feudal zarista. El desarrollo ruso no nos proporciona una experiencia de cómo el proletariado puede derrocar un Estado capitalista liberal-parlamentario que ha existido durante muchos años y que posee la capacidad de defenderse a sí mismo. Debemos saber, sin embargo, cómo atacar a un Estado moderno democrático-burgués que, por un lado, tiene sus propios medios para movilizar y corromper ideológicamente al proletariado y, por otro, puede defenderse en el terreno de la lucha armada con mayor eficacia que la autocracia zarista. Nunca ha surgido este problema en la historia del partido comunista ruso.¹⁰⁰

Aquí la oposición real entre Rusia y Occidente aparece claramente y sin ambigüedad: autocracia feudal contra democracia burguesa. La precisión de la declaración de Bordiga le permitió captar el carácter esencialmente gemelo del Estado capitalista: era *más fuerte* que el Estado zarista porque descansaba no sólo sobre el *consenso de las masas* sino también en un *aparato represivo superior*. Es decir, no es el mero “alcance” del Estado lo que define su ubicación en la estructura de poder (lo que Gramsci en otra parte denominó “Estatolatría”), sino también su *eficacia*. El aparato represivo de cualquier Estado capitalista moderno es inherentemente superior al del zarismo por dos razones. En primer lugar, porque las formaciones sociales occidentales están mucho más avanzadas industrialmente y esta tecnología se refleja en el aparato de violencia mismo. En segundo lugar, porque las masas le prestan típicamente su consenso a este Estado con la creencia de que ellas ejercen el gobierno sobre él. Posee por lo tanto una legitimidad popular de un carácter mucho más confiable para el ejercicio de esta represión que la que tuvo el zarismo en su decadencia, y esto se refleja en la mayor fidelidad y disciplina de sus tropas y policía jurídicamente los servidores no de un autócrata irresponsable sino de una asamblea electa. Las claves para el poder del Estado capitalista en Occidente se encuentran en esta superioridad conjunta.

IV

LA ESTRATEGIA DE LA GUERRA DE POSICION

Ahora podemos, en conclusión, revisar la doctrina estratégica de Gramsci, es decir, las perspectivas políticas que dedujo a partir de su análisis teórico sobre la naturaleza del régimen burgués en Occidente. ¿Cuáles eran las lecciones de la morfología de la hegemonía capitalista, cómo trató de reconstruirlas en la cárcel, para el movimiento de la clase obrera? ¿Cuál era el punto político decisivo del problema del Estado burgués para una estrategia occidental de la revolución proletaria? Gramsci, como teórico y como militante, nunca separó los dos. Su solución a la clave del éxito en Occidente fue, como ya hemos visto, una “guerra de posición” ¿Cuál era el verdadero significado y efecto de esta fórmula?

Para entender la teoría de la estrategia de Gramsci, es necesario volver a seguir la decisiva polémica original en el seno del movimiento obrero europeo para el que fue una respuesta escondida, ulterior. Con la victoria de la revolución rusa y el derrumbe de imperios Hohenzollern y Habsburgo en Europa central, los teóricos clave del comunismo alemán llegaron a creer, en los días posteriores a la primera guerra mundial, que la toma del poder por el proletariado estaba en el orden del día inmediato en todos los países imperialistas debido a que el mundo había entrado definitivamente en la época histórica de la revolución socialista. Esta creencia fue plena y enérgicamente expresada por Georg Lukács, entonces un miembro dirigente del partido comunista húngaro en el exilio, en sus escritos en la revista teórica *Kommunismus*, publicada en lengua alemana en Viena. Para Lukács, existía en aquel momento una “actualidad universal de la revolución proletaria”, determinada por la etapa general de desarrollo del capitalismo que estaba a partir de entonces en una crisis mortal.

Lo cual significa que la actualidad de la revolución proletaria no es ya únicamente un horizonte histórico mundial tendido por encima de la clase obrera que pugna por liberarse, sino que *la revolución se ha convertido en el problema crucial del movimiento obrero* [. . .] La actualidad de la revolución determina el tono fundamental de toda una época.¹⁰¹

Esta fusión —confusión— entre los conceptos teóricos de *época* histórica y *coyuntura* histórica permitió que Luckács y eminentes colegas en el KPD, como Thalheimer y Frohlich, ignorasen todo el problema de

las precondiciones concretas para una situación revolucionaria al afirmar en abstracto el carácter revolucionario del tiempo mismo. Partiendo de esta premisa, seguían argumentando en favor de una novedosa táctica práctica: la *Teilaktion* o acción armada “parcial” contra el Estado capitalista.

“Tailaktionen”

Dentro de las filas de la II Internacional, Bernstein y otros pensadores habían mantenido la posibilidad de mejoras “parciales” al capitalismo mediante reformas parlamentarias que conducirían eventualmente, a través de un proceso gradual de evolución, a la consecución pacífica del socialismo. La ilusión de que la *unidad* inherente del Estado capitalista podía irse dividiendo o ganando mediante medidas parciales sucesivas, transformando lentamente su carácter clasista. No obstante, ahora surgía una versión *aventurista* del mismo error fundamental en la III Internacional. En 1920-21, Thalheimer, Frohlich, Lukács y otros teorizaron “acciones parciales” putchistas planeadas como una serie en alcance aunque constantes en el tiempo. Según un texto de *Kommunismus*:

La característica principal del período actual de la revolución consiste en que estamos obligados a llevar a cabo batallas, incluso parciales, incluyendo las económicas, con los medios de la batalla final, sobre todo, “la insurrección armada”.¹⁰²

Así pues, se creó la famosa teoría de la “ofensiva revolucionaria”. Como la época era revolucionaria, la única estrategia correcta era la de ofensiva, que iba a ir ascendiendo en una serie de golpes armados repetidos contra el Estado capitalista. Estas acciones debían emprenderse aún cuando la clase obrera no estuviera en una disposición de ánimo inmediatamente revolucionaria: servirían precisamente para “despertar” al proletariado de su letargo reformista. Lukács presentó las justificaciones más sofisticadas a estas aventuras. Argüía que las acciones parciales no eran tanto “medidas organizativas mediante las cuales el partido comunista pudiera tomar el poder del Estado” cuanto “iniciativas autónomas y activas del KPD para superar la crisis ideológica y el letargo menchevique del proletariado y la pausa en el desarrollo revolucionario”.¹⁰³ Para Lukács, las razones de las *Teilaktionen* no eran pues sus metas objetivas sino su impacto subjetivo en la conciencia de la clase obrera.

Si el desarrollo revolucionario no quiere correr el riesgo del estancamiento, debe encontrarse otra salida: la acción del KPD en una ofensiva. Una ofensiva significa: la acción independiente del partido en el momento correcto con la consigna correcta, despertar a las masas proletarias de su inercia, arrancarlas de su dirección menchevique mediante la acción (es decir, organizativamente y no sólo ideológicamente) y mediante eso cortar el nudo de la crisis ideológica del proletariado con la espada de los hechos.¹⁰⁴

El destino de estos pronunciamientos lo decidió rápidamente la lección de los acontecimientos mismos. El error radical en la comprensión de la unidad integral del poder del Estado capitalista y el carácter necesariamente de todo o nada de cualquier insurrección contra él, condujo naturalmente al desastre en Alemania central. En marzo de 1921, el KPD lanzó su ofensiva más ostentosa contra el gobierno del Estado prusiano, cayendo en la trampa de un levantamiento mal preparado contra la ocupación policiaca preventiva de la zona Mansfeld-Merseburg. Ante la ausencia de una resistencia espontánea de la clase obrera, el KPD recurrió desesperadamente a acciones dinamiteras destinadas a poner a prueba los bombardeos de la policía; a esto siguieron tomas de fábricas y luchas en las calles; bandas de guerrilla errantes evadieron toda disciplina irrumpiendo anárquicamente en el campo. Durante una semana, se desencadenó una fuerte lucha en Alemania central entre los militantes del KPD y la policía y las unidades Reichswehr movilizadas para eliminarlos. El resultado fue el previsible. Aislada del resto del proletariado alemán, aturdida y desubicada por el carácter arbitrario de la acción, impotentemente sobrepasada en número por la concentración de las tropas de la Reichswehr en la región Mersebur-Halle, la vanguardia fue aplastada en esta confrontación con toda la potencia del ejército. La acción de marzo fue seguida de una drástica ola de represión. Fueron encarcelados unos 4000 militantes y el KPD recibió el golpe final en la Sajonia prusiana. No sólo nunca se alcanzó el objetivo del poder estatal sino que el impacto subjetivo en la clase obrera alemana y en el mismo KPD fue desastroso. Lejos de despertar al proletariado de su "letargo menchevique", la acción de marzo desmoralizó y desilusionó. La zona de vanguardia de las minas de Merseburg recayó en un desierto de negligencia apolítica. Peor aún, a partir de entonces, el KPD nunca volvió a ganarse del todo la confianza de amplios sectores del proletariado alemán. Su membrecía, que había alcanzado los 350.000 antes de la ofensiva de marzo, descendió verticalmente en unas cuantas semanas a la mitad inmediatamente después del desastre. En

la República de Weimar nunca volvió a alcanzar niveles comparables de fuerza.

El aventurismo del KPD en 1921 fue condenado por el III Congreso mundial de la Comintern. Lenin escribió una famosa carta al partido alemán en la que demolía sus justificaciones. Trotsky denunció apta y severísimamente toda teoría de la *Teilaktion*:

Una concepción puramente mecánica de la revolución proletaria —que procede únicamente del hecho de que la economía capitalista está en continua decadencia— ha llevado a ciertos grupos de camaradas a construir teorías que son esencialmente falsas: la falsa teoría de una minoría iniciada que mediante su heroísmo destroza “la muralla de pasividad universal” en el proletariado, la falsa teoría de ofensivas ininterrumpidas dirigidas por la vanguardia proletaria como “nuevo método” de lucha, la falsa teoría de las batallas parciales que se libran aplicando los métodos de la insurrección armada y así sucesivamente. El exponente más claro de esto es el periódico de Viena *Kommunismus*. Es absolutamente obvio que este tipo de teorías tácticas no tienen nada en común con el marxismo. Llevarlas a la práctica es hacer directamente el juego a los dirigentes político-militares de la burguesía y a su estrategia.¹⁰⁵

En el III Congreso mundial de la Internacional Comunista, Lenin y Trotsky juntos declararon resueltamente la guerra a la teoría de la *Teilaktion* y pese a la oposición alemana fue formalmente repudiada por la Comintern. •

La corrección de Gramsci

Frente a estos antecedentes, podemos ahora reconsiderar el postrer intento de Gramsci por definir la especificidad de una estrategia revolucionaria occidental como una “guerra de posición”. Porque el axioma de Gramsci, estaba concebido precisamente para representar la *corrección* política que él creía necesaria después del fracaso de la acción de marzo, considerada por él como la expresión de una “guerra de maniobra”. La fecha con la que se refiere a las dos es exacta e inequívoca: “En la época actual, la guerra de movimiento se ha desarrollado políticamente desde marzo de 1917 hasta marzo de 1921 y es seguida por una guerra de posición”.¹⁰⁶ Como se recordará, el contraste entre la guerra de maniobra y la guerra de posición lo derivó, por analogía, de la primera guerra mundial. Mientras que en Rusia —escribió Gramsci— la revo-

lución pudo hacer salidas rápidas y móviles contra el Estado y derrocarlo a gran velocidad, en el Occidente industrializado estas tácticas insurreccionistas conducirían a la derrota, como había sucedido con la campaña del ejército zarista en Galitzia.

Me parece que Ilitch había comprendido que era necesario un cambio de la guerra maniobrada, aplicada victoriosamente en Oriente en 1917, a la guerra de posición que era la única posible en Occidente donde, como observa Krasnov, en breve lapso los ejércitos podían acumular interminables cantidades de municiones, donde los cuadros sociales eran de por sí capaces de transformarse en trincheras muy provistas. Y me parece que éste es el significado de la fórmula del “frente único”.¹⁰⁷

La explícita equiparación de Gramsci de “frente único” con “guerra de posición”, que podía parecer desconcertante de otro modo, es ahora inmediatamente clara. Porque el Frente Unico fue precisamente la línea política adoptada por la Comintern después de que el III Congreso mundial había condenado la “teoría de la ofensiva” defendida por el KPD, una guerra de maniobra. El objetivo estratégico del Frente Unico era *ganarse a las masas* en Occidente para el marxismo revolucionario mediante la organización paciente y la agitación hábil por mantener la unidad de la clase obrera en la acción. Lenin, quien acuñó el lema “A las masas” con el que se clausuró el Congreso de la Comintern en 1921, puso expresamente de relieve su importancia para una estrategia *diferencial* adaptada a los países de Europa occidental en contraposición con Rusia. En el discurso de respuesta a Terracini —el representante del propio partido de Gramsci, el PCI— el 10. de julio dedicó su alocución precisamente a este tema.

Triunfamos en Rusia porque tuvimos de nuestro lado no sólo a la mayoría indiscutible de la clase obrera (durante las elecciones de 1977 la aplastante mayoría de los obreros estaba con nosotros en contra de los mencheviques), sino también porque, inmediatamente después de haber conquistado el poder, la mitad del ejército y las nueve décimas partes de los campesinos, en el curso de algunas semanas, se convirtieron en partidarios nuestros: triunfamos porque adoptamos el programa agrario de los eseristas, no el nuestro, y lo pusimos en práctica. Nuestra victoria se debió a que llevamos a cabo el programa eserista; por eso fue tan fácil la victoria. ¿Es acaso posible que ustedes, en Occidente, puedan hacerse semejantes ilusiones? ¡Es ridículo!

¡Comparen las condiciones económicas concretas! [. . .] En Rusia éramos un partido pequeño, pero, además estaba con nosotros la mayoría de los soviets de diputados obreros y campesinos de todo el país (*Voces*: “Es cierto”). ¿Tienen ustedes algo parecido? De nuestro lado estaba casi la mitad del ejército, que tenía entonces, por lo menos, 10 millones de hombres. ¿Los sigue realmente la mayoría del ejército? ¡Muéstrenme tal país! [. . .] Indíqueme un solo país de Europa donde puedan atraer a la mayoría del campesinado en unas pocas semanas. ¿Acaso en Italia? (*Risas*).¹⁰⁸

Lenin prosiguió acentuando la absoluta necesidad de ganarse a las masas en Occidente antes de que cualquier intento de alcanzar el poder pudiera tener éxito. Esto no siempre implicaba necesariamente la creación de un vasto partido político: significaba que la revolución sólo podía hacerse *con y por* las masas a las que su vanguardia tenía que *convencer* de este objetivo en una fase preparatoria sumamente ardua de la lucha.

De ningún modo niego que una revolución pueda ser iniciada por un partido muy pequeño y conducida hasta un final victorioso. Pero para ganarse a las masas debemos conocer los métodos [. . .] No siempre es necesaria la mayoría absoluta; pero lo que es necesario para triunfar, para retener el poder, es no sólo la mayoría de la clase obrera —empleo aquí la expresión “clase obrera” en el sentido que se le da en Europa occidental, es decir, en el sentido de proletariado industrial—, sino también la mayoría de la población trabajadora y explotada rural. ¿Han pensado ustedes en esto?¹⁰⁹

Gramsci estaba pues en lo cierto al pensar que Lenin había formulado las políticas del Frente Unico en 1921 para responder a los problemas específicos de la estrategia revolucionaria en Europa occidental. En aquel momento, por supuesto, el mismo Gramsci —junto con casi todos los dirigentes del PCI— había *rechazado* obstinadamente el Frente Unico en Italia y con eso había facilitado materialmente la victoria del fascismo, que pudo así triunfar sobre una clase obrera radicalmente dividida. Desde 1921 hasta 1924, los años en que la Comintern trató seriamente de asegurar la implementación de las tácticas del Frente Unico con los maximalistas del PSI en Italia, tanto Bordiga como Gramsci rechazaron la línea de la Internacional y se resistieron a ella. Para cuando Gramsci había asumido el liderazgo del partido en 1924 y había reanimado una política de fidelidad a la Internacional, el fascismo ya se había instalado y la Comintern —ahora con carácter radicalmente distinto—, había

abandonado en gran medida las tácticas del Frente Unico. Así pues, la insistencia de Gramsci en el concepto del “frente único” en sus *Cuadernos de la cárcel* en los treintas no representa una renovación de su pasado político sino que, por el contrario, marca una consciente ruptura retrospectiva con él.

Frente Unico versus III Período

Fue la situación *contemporánea* en la Internacional Comunista la que determinó esencialmente la naturaleza y dirección de los textos sobre estrategia escritos durante el encarcelamiento de Gramsci. En 1928, el famoso III Período de la Comintern había comenzado. Su premisa era la predicción de crisis inmediata y catastrófica del capitalismo mundial, aparentemente reivindicada poco después por la Gran Depresión. Sus axiomas abarcaban la identidad del fascismo con la socialdemocracia, la equivalencia de las dictaduras policiacas y las democracias burguesas, la necesidad de sindicatos independientes, el deber del combate físico contra los obreros recalcitrantes y los funcionarios sindicales. Fue la época del “socialfascismo”, los “sindicatos independientes” y la “toma de las calles”, cuando los socialdemócratas de izquierda fueron declarados los peores enemigos de la clase obrera y la llegada de los nazis al poder fue recibida con antelación como una clarificación bienvenida de la lucha de clases. En estos años, la Internacional Comunista se lanzó a un delirio ultraizquierdista que hacía que los combatientes de la Acción de Marzo pareciesen responsables y comedidos en comparación. En Italia, en la cúspide del poder de Mussolini, el PCI en el exilio declaraba que se estaba ante una situación revolucionaria y que la dictadura del proletariado era el único objetivo inmediato permisible de la lucha. Los socialistas en el exilio común —tanto maximalistas como reformistas— eran denunciados como agentes del fascismo. Se enviaron cuadros al interior del país remesa tras remesa, sólo para que fueran arrestados y encarcelados por la policía secreta mientras que la propaganda oficial en el extranjero anunciaba sus éxitos.

Frente a esta carrera general hacia el desastre, en la que estaba implicado su propio partido, Gramsci rehusó sus posiciones oficiales y, en su búsqueda de otra línea estratégica, se remitió al Frente Unico. La razón es fácil de ver ahora: una década antes, éste había sido precisamente una respuesta a las aberraciones aventuristas que anticiparon —en una forma

menos extrema— las del III Período. Así pues, el Frente Unico había adquirido para Gramsci una nueva relevancia en la deplorable coyuntura de principios de los treinta. Puede decirse en verdad que la locura del III Período fue la que le ayudó en definitiva a entenderlo. Su hincapié en el Frente Unico en sus *Cuadernos de la cárcel* tiene pues un significado inequívoco. Es una negación de que las masas italianas hubieran abandonado las ilusiones socialdemócratas y democrático-burguesas, que estuvieran en una ebullición revolucionaria contra el fascismo o que pudieran ser despertadas inmediatamente y movilizadas para una dictadura del proletariado en Italia; y es también una insistencia en que estas mismas masas deben ser conquistadas para la lucha contra el fascismo o, en que la unidad de la clase obrera puede y debe lograrse mediante pactos de acción entre comunistas y socialdemócratas, y que la caída del fascismo no significaría automáticamente la victoria del socialismo debido a que siempre existía la posibilidad de restaurar el parlamentarismo. El Frente Unico, en otras palabras, significaba la necesidad de un trabajo político-ideológico profundo y serio entre las masas, sin tacha de sectarismo, antes de que la toma de poder pudiera figurar en el orden del día.

Al mismo tiempo, la reorientación de la estrategia de Gramsci en prisión lo trasladó más allá de los imperativos coyunturales de la resistencia peninsular al fascismo. El horizonte espacial de su pensamiento político en esos años fue toda Europa occidental y no simplemente Italia. Del mismo modo que su referencia temporal fue toda la época de la posguerra a partir de 1921 y no meramente la oscuridad de principios de los treinta. Para transmitir el alcance del cambio en la perspectiva política que trató de teorizar, Gramsci construyó el precepto de la “guerra de posición”. Válida para toda una época y una zona entera de lucha socialista, la idea de una “guerra de posición” tuvo pues una resonancia mucho más amplia que la de la táctica del Frente Unico, defendida en otro tiempo por la Comintern. Pero fue en este delicado punto de transición, cuando el pensamiento de Gramsci aspiraba a una resolución estratégica superior, que cayó en peligro.

Kautsky y la “estrategia de desgaste”

Aunque desconocido para él, Gramsci tuvo un ilustre predecesor. Karl Kautsky, en una famosa polémica con Rosa Luxemburgo, había defendido en 1910 que la clase obrera alemana tenía que adoptar una *Ermatungstrategie*, una “estrategia de desgaste”, en su lucha contra la capital. Había contrapuesto explícitamente este concepto al que él denominaba una *Niederwerfungstrategie*, una “estrategia de derrocamiento”. No fue

Kautsky quien acuñó estos términos. Los tomó de la terminología de la principal polémica de aquel momento sobre historia militar debatida entre académicos y militares en la Alemania guillermana. El inventor de la antítesis entre *Ermattungstrategie* y *Niederwerfungstrategie* fue Hans Delbrück, el historiador militar más original de su época. Delbrück había presentado por primera vez su teoría sobre los dos tipos de guerra en 1881, en una conferencia inaugural en la universidad de Berlín en la que contrastó las campañas de Federico II y Napoleón, la primera como ejemplo de la prolongada estrategia de desgaste, característica de los *anciens régimes* europeos, y la segunda como prototipo de la estrategia rápida de derrocamiento inaugurada por los ejércitos populares de masas de la época moderna.¹¹⁰ Vehementemente impugnado en los círculos académicos prusianos, para quienes el relato que hacía Delbrück de las guerras de Federico II rayaba de ultraje, Delbrück desarrolló la teoría de las dos estrategias en una serie de escritos que culminaron en su monumental *Geschichte der Kriegshunst im Rahmen der Politischen Geschichte*, que abarcaba la evolución de la teoría y la práctica militares desde la antigüedad hasta el siglo XX.¹¹¹ Los volúmenes sucesivos de esta obra fueron estudiados acuciosamente en las filas del alto mando alemán y en las de la socialdemocracia alemana por igual. Schlieffen, jefe del estado mayor, confrontó meticulosamente sus ejercicios bélicos en contra de las categorías de Delbrück, optando finalmente por una estrategia de derrocamiento y no de desgaste en su plan contra Francia. En *Die Neue Zeit*, Mehring recomendó entusiastamente las historias de Delbrück a los lectores de la clase obrera en 1908 como “el trabajo más significativo producido en los escritos históricos de la Alemania burguesa en este nuevo siglo”.¹¹² En un nuevo ensayo sobre ellas de más de un centenar de páginas, Mehring se explayó sobre la perenne validez de la oposición existente entre desgaste y derrocamiento en el arte de la guerra. Terminó señalando agudamente que Delbrück había escrito un trabajo de “investigación científica en un campo en el que el movimiento moderno de los trabajadores tenía algo más que un interés meramente científico”.¹¹³

El siguiente paso fue dado por Kautsky cuando anexionó los conceptos militares de Delbrück —sin darles reconocimiento— a la polémica política sobre las perspectivas estratégicas de la lucha proletaria contra el capitalismo. La ocasión de su intervención era trascendental, porque fue para rebatir la demanda hecha por Rosa Luxemburgo de que se adoptaran las huelgas militantes de masas durante la campaña del SPD por la democratización del neofeudal sistema electoral prusiano. Kautsky contrapuso la necesidad de una “guerra de desgaste” más prudente del proletariado alemán contra su clase enemiga, sin los riesgos que implicaban las

huelgas de masas. La introducción de la teoría de las dos estrategias —desgaste y derrocamiento— fue, pues, el verdadero detonador de la escisión fatal en el seno del marxismo ortodoxo alemán antes de la primera guerra mundial.¹¹⁴

La similitud formal de la oposición “estrategia de derrocamiento-estrategia de desgaste”, y “guerra de maniobra-guerra de posición” es pues sorprendente.¹¹⁵ Sin embargo, las analogías esenciales que hay entre los dos pares de conceptos, en los textos de Kautsky y de Gramsci, son todavía más desconcertantes. Porque para apoyar su argumento de la superioridad de una estrategia de desgaste sobre una estrategia de derrocamiento, Kautsky evocó *precisamente los mismos contrastes históricos y geográficos* que Gramsci en su discusión sobre la guerra de posición y la guerra de maniobra. La coincidencia es impresionante. Kautsky también señaló el predominio de una “estrategia de derrocamiento” (Gramsci: “guerra de maniobra”) desde 1789 hasta 1870 y su sustitución por una “estrategia de desgaste” (Gramsci: “guerra de posición”) a partir de la caída de la Comuna.

A través de una coincidencia de circunstancias propicias, durante los años de 1789-93, los revolucionarios en Francia lograron deteriorar el régimen dominante mediante un audaz ataque con unos cuantos golpes decisivos. Esta estrategia de derrocamiento era la única de que disponía entonces una clase revolucionaria en un Estado absolutista policiaco que excluía cualquier posibilidad de formar partidos o de que las masas populares ejercieran cualquier tipo de influencia constitucional sobre el gobierno. Una estrategia de desgaste hubiera fracasado por que el gobierno, enfrentado a opositores que querían unirse para organizar una resistencia duradera a él, siempre les hubiera cortado sus posibilidades de organización o coordinación. Esta estrategia de derrocamiento estaba todavía en pleno florecimiento cuando se fundó nuestro partido en Alemania. El éxito de Garibaldi en Italia y las deslumbrantes aunque perdidas luchas de la insurrección polaca fueron el antecedente inmediato de la agitación de Lassalle y de la fundación de la Internacional. La Comuna de París siguió poco después. Pero fue precisamente la Comuna la que mostró que los días de una táctica de derrocamiento ya habían pasado. Estaba adaptada a circunstancias políticas caracterizadas por una ciudad capital dominante y un sistema de comunicaciones inadecuado que imposibilitaba la concentración rápida de grandes números de tropas provenientes del campo; estaba adaptada también a un nivel de técnica en planeación de calles y equipo militar que adjudicaba un gran número de oportunidades a la lucha en la

calle. Entonces fue cuando se asentaron las bases para una nueva estrategia de la clase revolucionaria que Engels tan agudamente contrapuso finalmente a la vieja estrategia revolucionaria en su introducción a *La lucha de clases en Francia* y que puede muy bien designarse como una estrategia de desgaste. Esta estrategia nos ha ganado a partir de entonces los más brillantes éxitos y ha dotado al proletariado año tras año de una fuerza mayor colocándolo más que nunca en el centro de la política europea.¹¹⁶

El meollo de esta estrategia de desgaste consistía en sucesivas campañas electorales las cuales, como Kautsky esperanzadamente afirmaba, podían otorgar al SPD una mayoría numérica en el Reichstag al año siguiente. Al negar que las huelgas agresivas de masas pudieran tener relevancia en la coyuntura de aquel momento en Alemania, Kautsky pasó a anticipar la idea de una separación geopolítica entre Europa oriental y occidental. En la Rusia zarista, escribió Kautsky, no había sufragio universal, ni derechos legales de reunión, ni libertad de prensa. En 1905, el gobierno estaba aislado en el interior, el ejército derrotado en el extranjero y el campesinado sublevado en todo el vasto e incoordinado territorio nacional. En esas circunstancias, todavía era posible una estrategia de derrocamiento. El proletariado ruso, carente de los más elementales derechos políticos o económicos, podía lanzar una huelga general revolucionaria “amorfa y primitiva” dirigida indiferentemente contra el gobierno y los patronos.¹¹⁷ La tormenta de huelgas de masas que se estaba acumulando en Rusia subió pues espontáneamente en escalada hasta llegar a una pugna decisiva con el Estado. En su momento, la “política de violencia” llevada a cabo por la clase obrera rusa encontró su derrota definitiva. Pero su estrategia de derrocamiento era el producto natural del atraso histórico de la sociedad rusa.

“Las condiciones para una huelga en Europa occidental y especialmente en Alemania son, empero, muy diferentes a las existentes en la Rusia prerrevolucionaria y revolucionaria.”¹¹⁸ En Europa occidental, los obreros eran más numerosos y estaban mejor organizados, además de haber gozado de libertades cívicas durante mucho tiempo. Se enfrentaban también a un enemigo de clase más fuerte, provisto —sobre todo en Alemania— de un ejército y una burocracia disciplinados. El aparato del Estado prusiano era de hecho en aquel momento el más poderoso de Europa. La clase obrera estaba también más aislada de las otras clases que en Rusia. De ahí que tumultuosas huelgas de masas como las que tuvieron lugar en 1905 en Rusia fueran inadecuadas para Occidente. “Manifestaciones de este tipo todavía no han tenido lugar en Europa occidental. Tam-

poco es probable que ocurran, no a pesar de medio siglo de movimiento socialista, socialdemócrata y libertad política, sino debido a ello.”¹¹⁹ En esas circunstancias, desencadenar huelgas de masas para asegurar la reforma de los derechos políticos prusianos, como exigía Rosa Luxemburgo, sería simplemente exponer las oportunidades del SPD en las próximas elecciones del Reichstag. Formalmente, Kautsky nunca negó que en “la batalla final” de la lucha de clases fuera necesaria una transición a la estrategia de derrocamiento también en Occidente. Pero el arma de la huelga de masas debía reservarse únicamente para este compromiso definitivo en el que la victoria y la derrota serían totales. De momento, “las escaramuzas preliminares no debían librarse con artillería pesada”.¹²⁰ En Occidente, la única senda correcta era una estrategia de desgaste, recordando la de Fabius Cunctator en la antigua Roma.¹²¹

Respuesta de Rosa Luxemburgo

Luxemburgo, a la que Gramsci en su texto central sobre Oriente y Occidente reprochaba su “misticismo”,¹²² captó lúcidamente de inmediato la lógica del contraste de Kautsky entre las dos zonas. La polémica entre los dos sobre *justamente este tema* en 1910 fue precisamente la ocasión de su ruptura política con Kautsky, cuatro años antes que Lenin, quien sólo lo entendió cuando llegó la guerra en 1914. Luxemburgo denunció “la teoría entera de las dos estrategias” y su “burdo contraste entre la Rusia revolucionaria y la Europa occidental parlamentaria”¹²³ como una racionalización de Kautsky de su rechazo a las huelgas de masas y su capitulación al electoralismo. Desechó la descripción de Kautsky de la revolución rusa de 1905: “La imagen de una huelga caótica, ‘amorfa y primitiva’ de los obreros rusos [] es una florida fantasía.”¹²⁴ No era su atraso político sino su carácter avanzado lo que distinguía al proletariado ruso dentro de la clase obrera europea.

Las huelgas y huelgas de masas rusas, que dieron forma a una creación tan famosa como el Soviet de Representantes Obreros de Petersburgo para la dirección unida de todo el movimiento en el enorme Imperio, eran tan poco “amorfas y primitivas” que en osadía, fuerza, solidaridad, persistencia, logros materiales, objetivos progresistas y éxitos organizativos, podían ponerse tranquilamente al lado de cualquier movimiento sindical “Europeo occidental”.¹²⁵

Luxemburgo descartó despectivamente la circunspecta evaluación de Kautsky sobre el Estado prusiano, replicando mordazmente que había

confundido la crudeza y brutalidad de su policía con la fuerza política, a fin de justificar la timidez para con él. La necesidad declarada por Kautsky de reservarse el recurso a una huelga de masas sólo en caso de la contingencia apocalíptica de una “batalla final” en el futuro lejano, era una cláusula simbólica concebida para absolver al SPD de cualquier compromiso con luchas serias en el presente concreto y permitirle acomodarse al oportunismo más mundano. El instinto político de Luxemburgo la llevó a distinguir infaliblemente el móvil fundamental de los argumentos de Kautsky:

En la práctica, el camarada Kautsky nos dirige insistentemente hacia las próximas elecciones del Reichstag. Son los pilares básicos de su estrategia de desgaste. La salvación nos vendrá de las elecciones del Reichstag. Nos traerán con toda seguridad una victoria avasalladora, crearán una situación completamente nueva, nos pondrán inmediatamente “en el bolsillo la llave de esta tremenda situación histórica”. En suma, hay tantos violines en el cielo de las próximas elecciones del Reichstag que sería criminalmente necio pensar en una huelga de masas cuando tenemos ante nosotros una victoria tan segura, que se nos ha puesto “en el bolsillo” con la papeleta electoral.¹²⁶

La posición de Luxemburgo en estas polémicas no carecía de fallas. No dio una réplica adecuada a la caracterización de Kautsky del Estado ruso, a diferencia de la clase obrera rusa, eludiendo el problema genuino de su diferencia estructural con los Estados occidentales de la época, que Kautsky no se había equivocado al poner de relieve. Tampoco estaba en posesión, en este u otro caso, de una teoría bien tramada sobre la conquista del poder por el proletariado, ya que su concepción de las huelgas de masas como ejercicios continuos de la autonomía de la clase obrera y su combatividad empañaba la ruptura inevitablemente discontinua de un levantamiento revolucionario contra el Estado capitalista que necesariamente trascendía el nivel de una huelga.¹²⁷ No obstante, esas limitaciones fueron secundarias cuando se comparan con la agudeza de su intuición de la dinámica de la teoría de Kautsky. Su presciencia sobre la evolución de ésta es tanto más impresionante cuando se compara con la complacencia de Lenin hacia Kautsky.

La polémica se extiende a Rusia.

La polémica en el seno de la socialdemocracia alemana tuvo una importante secuela dentro de la socialdemocracia rusa. Pocas semanas des-

pués, Mártov escribió un artículo en *Die Neuzeit* sobre “La polémica prusiana y la experiencia rusa”.¹²⁸ Aprobando calurosamente las tesis generales de Kautsky, Mártov sostenía que Rusia no estaba de ningún modo exenta de las lecciones que se desprendían de ellas. No debería permitirse que Luxemburgo utilizase la revolución rusa de 1905 como su “carta de triunfo” contra la política oficial del SPD en Alemania. Los socialistas occidentales no deberían admitir su relato de la revolución en nombre del *privilegium odiosum* del excepcionalismo ruso. La experiencia rusa era en aquel momento esencialmente similar en cualquier aspecto a la experiencia europea en su totalidad. Cuando había divergido en 1905, había acabado en el desastre. La combinación de huelgas económicas y políticas, de la que Luxemburgo alardeaba, era más bien una debilidad que una fuerza del proletariado ruso. El alzamiento de Moscú fue el resultado calamitoso de una propulsión “artificial” del movimiento hacia un “choque decisivo” con el Estado. La sagacidad de Kautsky era desconocida en Rusia en aquel momento: “La idea de una ‘estrategia de desgaste’ no se le ocurrió a nadie.” Pero ahora, después del fracaso del extremismo en 1905, era responsabilidad del movimiento obrero ruso adoptarla. “El proletariado debe esforzarse no sólo por luchar sino por vencer”¹²⁹

La pronta utilización que hizo Mártov de las tesis de Kautsky para justificar la política menchevique en Rusia provocó a su debido tiempo una respuesta de Marchlewski, bolchevique polaco, en *Die Neue Zeit*. La réplica de Marchlewski parece haberse apropiado de antemano la propia respuesta de Lenin y este último desistió de un anteproyecto después de que Kautsky aceptase un artículo previo sobre el mismo tema escrito por Marchlewski. No obstante, Lenin escribió a Marchlewski dándole sugerencias para que las incluyera en su respuesta a Mártov, la mayoría de las cuales quedaron integradas en el texto publicado. Los dos documentos son de gran interés. El peso del argumento de Marchlewski recaía en que los bolcheviques en Rusia no se habían desviado nunca —contrariamente a las deformaciones de Mártov— de la lógica de los preceptos de Kautsky. Por el contrario, escribió Marchlewski, “las recomendaciones de Lenin eran —si se quiere— las mismas que las de Kautsky: la correcta aplicación de una ‘estrategia de derrocamiento’ y de una ‘estrategia de desgaste’ cada una a su debido tiempo”.¹³⁰ Entonces, una larga reacción zarista después de la revolución de 1905, era el momento de una estrategia de desgaste. La socialdemocracia rusa en la actualidad debe “aprender a hablar alemán”

Mientras tanto, Lenin, en su carta a Marchlewski, avaló expresamente la validez de los alegatos de Kautsky por mantener una intransigencia esencial en su polémica con Luxemburgo. De hecho, los reiteró enfática-

mente, a pesar de la presteza de Mártov en apropiarse los argumentos de Kautsky y utilizarlos para una reivindicación del menchevismo en Rusia.

Rosa Luxemburgo discutió con Kautsky si *había llegado* el momento para una *Niederwerfungstrategie* [estrategia del derrocamiento, E.] y Kautsky afirmó *simple y llanamente* que consideraba que ese momento era inevitable e inminente, pero que todavía no había llegado [. . .] Todos los mencheviques [. . .] aprovecharon la polémica entre Rosa Luxemburgo y Kautsky para afirmar que K. Kautsky era un “menchevique” Mártov hace todo lo posible, empleando una *kleinliche* un *miserable Diplomatie* [una diplomacia pequeña y mezquina, E.], por *agrandar* la brecha entre Rosa Luxemburgo y K. Kautsky. Estos *elende* [miserables, E.], artificios no pueden tener éxito. Los socialdemócratas revolucionarios pueden discutir si ha llegado el *momento oportuno* para el *Niederwerfungstrategie* en Alemania, pero no su *oportunidad en Rusia en 1905*.¹³¹

El contraste con Luxemburgo es sorprendente. Ella percibió en seguida que el efecto real de los argumentos de Kautsky era una sofisticada apología del reformismo. Las enérgicas denuncias que hizo de ellos quedaron vindicadas hacia el final de la polémica entre los dos. La caracterización que hacía Luxemburgo de la teoría de Kautsky con lo que ella denominó *Nichtsalsparliamentarismus* —nada más que parlamentarismo— fue confirmada finalmente por el mismo Kautsky, en una de sus réplicas finales, en una formulación que sintetiza su postura en una expresión clásica de lo que puede denominarse la “cláusula de defensa” socialdemócrata:

Cuanto más democrática es la constitución de un país, menos condiciones existen para una huelga de masas, menos necesaria se vuelve esta huelga para las masas y, por lo tanto, ocurre con menor frecuencia. Allí donde el proletariado posee suficientes derechos electorales, sólo puede esperarse una huelga de masas como medida defensiva, como medio para proteger los derechos de voto o un parlamento con fuerte representación socialdemócrata, contra un gobierno que se niega a obedecer la voluntad de los representantes del pueblo.¹³²

La fórmula de Gramsci

Gramsci, aislado del mundo exterior en su encarcelamiento durante los treintas, no estaba al tanto de este precedente nefasto cuando luchaba por forjar conceptos para resistir a lo que él creía que era la renovación

del aventurismo en el seno de la Comintern. En esta situación, pudo producir una noción formalmente análoga a la de Kautsky (estrategia de desgaste/guerra de posición), sin ver sus peligros. Como hemos visto, Gramsci concibió la “guerra de posición” en respuesta a la “guerra de maniobra” de Thalheimer y Lukács, siguiendo el espíritu del Congreso de la Comintern que los había condenado. Los errores de la teoría de la *Teilaktion* ya han sido discutidos, pero ¿los corrigió totalmente la fórmula de Gramsci? Se observará que lo que él hizo en efecto fue *invertir* el modo de plantear el problema. En Gramsci, la estrategia revolucionaria se convierte en una larga e inmóvil guerra de trincheras entre dos campos en posiciones fijas, en la que cada uno trata de socavar cultural y políticamente al otro. “El cerco es recíproco”, escribió Gramsci, “concentrado, difícil, y exige cualidades excepcionales de paciencia e invención.”¹³³ No hay duda de que el peligro del aventurismo desaparece en esta perspectiva con su énfasis abrumador en la obediencia ideológica de las masas como objeto central de la lucha, que solamente se ganará tratando de lograr un frente único dentro de la clase obrera. Pero ¿qué sucede con la fase de insurrección, la toma por asalto y la destrucción del aparato estatal que para Marx y Lenin eran inseparables de la revolución proletaria? Gramsci nunca abandonó los principios fundamentales del marxismo clásico sobre la necesidad última de la toma violenta del poder del Estado, pero al mismo tiempo su fórmula estratégica para Occidente no logra integrarlos. La mera contraposición de “guerra de posición” y “guerra de maniobra” se convierte finalmente en cualquier estrategia marxista en una oposición entre reformismo y aventurismo.

Hay que hacer inmediatamente una objeción a este juicio. ¿Por qué no hubiera podido Gramsci haber pretendido precisamente la estrategia de la “guerra de posición” como una *preparación* para una concluyente “guerra de maniobra” contra la clase enemiga? En otras palabras, ¿es que no propugnó de hecho una tesis que Lenin había adjudicado equivocadamente a Kautsky, la necesidad de “una transición de la ‘estrategia de desgaste’ a la ‘estrategia del derrocamiento’”, una transición que era “*inevitable*” en un período de crisis política cuando “la revolución alcanzó su mayor intensidad”?¹³⁴ Dentro de este esquema, la guerra de posición de Gramsci correspondería a la fase en que un partido revolucionario trata de ganarse a las masas ideológicamente (consensualmente) para la causa del socialismo, previamente a la fase en que las conducirá políticamente hacia una revuelta final (coercitiva) en contra del Estado burgués. Entonces, se ejercería la “hegemonía” en el seno de la sociedad civil para la formación de un bloque de clases de los explotados, mientras que se afirmaría la “dictadura” contra los explotadores, en la enérgica destrucción del aparato estatal que les aseguraba su dominio.

Esta interpretación estaría indiscutiblemente de acuerdo con los principios clásicos del materialismo histórico. Pero en las 2.000 páginas de los *Cuadernos de la cárcel* sólo hay una frase que de refilón parece estar en concordancia con esto. Y aún así, es oblicua y ambigua. Al final mismo del largo pasaje en el que se compara Oriente y Occidente y que hemos citado tan a menudo, Gramsci escribió a pluma muy brevemente algo que se le ocurrió posteriormente y que sus editores después de la guerra suprimieron gratuitamente.

Un intento por dar comienzo a una revisión de los métodos tácticos actuales fue quizás el esbozado por Trotsky en el IV Congreso mundial, cuando comparó los frentes oriental y occidental. El primero había caído en seguida, pero después siguieron luchas sin precedente; en el caso del segundo, las luchas tendrían lugar previamente. La pregunta consistía, por lo tanto, en si la sociedad civil resiste antes o después del intento de la toma de poder; dónde tiene lugar esta última, etcétera. No obstante, la cuestión sólo fue esbozada de forma brillante y literaria, sin líneas directivas de carácter práctico.¹³⁵

Sólo en este pasaje puede encontrarse un ejemplo único y fugaz del *orden teórico y temporal* correcto en el que se hubieran tenido que desplegar los conceptos de Gramsci para producir una estrategia política revolucionaria aplicable al capitalismo avanzado. En Occidente, la resistencia de la “sociedad civil” hubiera tenido que ser superada precisamente *antes* que la del Estado, mediante la acción de un Frente Unico, aunque la victoria en este campo hubiera tenido que ser seguida por lo que Gramsci aquí llama directamente un “asalto” (*assalto*) armado al Estado. Desafortunadamente, la percepción que contiene esta alusión a otro pensador fue momentánea. Todo el peso de la propia imaginería de Gramsci —ciertamente moldeada en “forma literaria y brillante”— en sus textos centrales sobre estrategia recae exactamente en la dirección contraria. Existe el Estado que es meramente una “zanja exterior”, y la sociedad civil que es el “poderoso sistema de fortalezas y terraplenes” que yace “*tras*” él. Es decir, la sociedad civil del capitalismo —repetidamente descrita como el terreno del consenso es la que se convierte en la barrera última para la victoria del movimiento socialista. La guerra de posición es, pues, la lucha llevada a cabo por la clase obrera organizada para ganar la hegemonía sobre ella, una hegemonía que se funde inmediatamente por definición tácita en una supremacía política sobre toda la formación social. “En política, la guerra de posición es hegemonía”, escribió Gramsci, mientras que “la hegemonía es el gobierno mediante el consenso permanentemente organizado”.¹³⁶

Una solución falsa

El deslizamiento teórico que se observó anteriormente vuelve a tener lugar en este caso en el pensamiento estratégico de Gramsci con consecuencias aún más graves. En una inversión directa del orden de batalla de Lenin, Gramsci relega expresamente la “guerra de movimiento” a un papel meramente preliminar o subsidiario en Occidente y promueve la “guerra de posición” al papel concluyente y decisivo en la lucha entre el trabajo y el capital. Al hacerlo, quedó definitivamente atrapado por la lógica de sus propios conceptos. El pasaje fatal dice así:

La guerra de posición requiere sacrificios enormes y masas inmensas de población; por eso hace falta en ella una inaudita concentración de la hegemonía y, por tanto, una forma de gobierno más “interventista”, que tome más abiertamente la ofensiva contra los grupos de oposición y organice permanentemente la “imposibilidad” de disgregación interna, con controles de todas clases, políticos, administrativos, etc., consolidación de las “posiciones” hegemónicas del grupo dominante, etc. Todo eso indica que se ha entrado en una fase culminante de la situación político histórica, porque en la política la “guerra de posición”, una vez conseguida la victoria en ella, es definitivamente decisiva. O sea: en la política se tiene guerra de movimiento mientras se trata de conquistar posiciones no decisivas.¹³⁷

Los condignos errores de este texto tienen un síntoma sospechoso: las inquietantes reivindicaciones de la necesidad de un mando más autoritario en las filas de la clase obrera, capaz de eliminar toda disidencia. La asociación de la estrategia de una guerra de posición con una uniformidad centralizada de la expresión política, en homenaje a la peor herencia de la Comintern, no es muy tranquilizadora. De hecho, la revolución socialista sólo triunfará en Occidente mediante un máximo de *expansión*, no de constricción, de la *democracia proletaria*, porque sólo la experiencia de ella, en partidos o consejos, puede capacitar a la clase obrera para aprender los verdaderos límites de la democracia burguesa y equipararla históricamente para superarlos. Establecer una estrategia marxista dentro del capitalismo avanzado sobre una guerra de posición y una ética de mando para alcanzar la emancipación final del trabajo es garantizar su propia derrota. Cuando llegue la hora del ajuste de cuentas en la lucha de clases, la libertad proletaria y la insurgencia van juntas. Es la combinación de ellas y ninguna otra la que constituye una verdadera guerra social de movimiento capaz de derrocar al capital en sus más fuertes bastiones.

La solución política para el futuro de la clase obrera europea que Gramsci vislumbró en la cárcel, al final lo eludió. La perspectiva de una guerra de posición era un callejón sin salida. Al fin de cuentas, la función de esta idea en el pensamiento de Gramsci parece haber sido la de una especie de metáfora moral: representaba un sentido de adaptación estoica a la pérdida de cualquier esperanza inmediata de victoria en Occidente. En una de esas coincidencias misteriosas que son la rúbrica de la época, el pensador marxista en Europa occidental cuyo destino fue el más cercano al de Gramsci en los treintas, reprodujo la misma idea en su muy diferente obra. Walter Benjamin, su compañero víctima del fascismo, expresó su pesimismo político en el lema de una *Ermattungstaktik*. Por ello lo conmemoró su amigo Brecht, desconocedor de la historia anterior, a su muerte.¹³⁸ El registro poético de la noción de Benjamin nos dice algo del status científico de la fórmula de Gramsci. La deuda que todo marxista contemporáneo tiene con Gramsci sólo puede ser saldada si se toman sus escritos con la seriedad de un verdadero espíritu crítico. En el laberinto de sus *Cuadernos*, Gramsci se perdió. En contra de su intención, pueden sacarse conclusiones formales de su trabajo que conducen muy lejos del socialismo revolucionario.

¿Es necesario añadir que el mismo Gramsci fue una prueba en contra de cualquier clase de reformismo? Las conclusiones parlamentarias de la teoría de la estrategia de Kautsky le eran absolutamente ajenas: su trabajo está salpicado en otras partes de afirmaciones sobre la necesidad imperativa del *derrocamiento* revolucionario del Estado capitalista. No tenemos siquiera que remontarnos a sus innumerables declaraciones antes de la prisión y la censura. En el documento que puede considerarse como el testamento político efectivo de Gramsci, su consejo final directo a los militantes de la clase obrera italiana registrado en el *Athos Lisa Report*, en el que insistía, desafiando las doctrinas del III Período sobre la necesidad de objetivos populares intermedios —sobre todo, una asamblea constituyente— en la lucha contra el fascismo, tampoco dejó ninguna duda sobre su compromiso con los objetivos últimos, como Marx y Lenin los hubieran calificado:

La conquista violenta del poder requiere que el partido de la clase obrera cree una organización de tipo militar, penetrantemente implantada en todas las ramas del aparato del Estado burgués, y capaz de lesionarlo e infligirle fuertes golpes en el momento decisivo de la lucha.¹²⁹

Gramsci no afirmó simplemente la necesidad de una revolución prole-

taria en los términos clásicos: muchos lo han hecho verbalmente después de él. Luchó y sufrió una larga agonía por ella. No sólo su obra sino también su vida serían incomprensibles sin esta vocación. Gramsci era muy consciente de las condiciones de su lucha contra la enfermedad, el aislamiento y la muerte. Los pasajes centrales en sus notas sobre la distinción entre Oriente y Occidente están forjados en el molde de una extensa analogía militar: “artillería”, “trincheras”, “comandantes”, “maniobra” y “posición”. El mismo hombre nos advierte lacónicamente contra cualquier lectura fácil de su propio vocabulario.

Al decir todo esto, debe recordarse el criterio general de que las comparaciones entre el arte militar y la política deben tomarse siempre con un grano de sal, es decir, como ayuda para pensar en los términos de una *reductio ad absurdum*.¹⁴⁰

Trotsky y la “guerra de maniobra”

Las condiciones de la composición de los escritos de Gramsci en prisión produjeron una teoría no unitaria y fragmentaria que permitió inherentemente que se dieran discrepancias e incoherencias en ella. No hay nada más revelador de esto que las referencias a Trotsky en los textos centrales que se han discutido en este ensayo. En ellos, el concepto de “revolución permanente” es repetidamente el objeto formal de la crítica de Gramsci como supuesta expresión de una “guerra de maniobra”. Fue, claro está, Trotsky el que dirigió el ataque junto con Lenin contra la teoría generalizada de la “ofensiva revolucionaria” en el III Congreso de la Comintern. Fue Trotsky, de nuevo con Lenin, el principal arquitecto del Frente Unico que Gramsci equiparó a su “guerra de posición”. Finalmente, fue Trotsky, y no Lenin, quien escribió el documento que fue la teorización clásica del Frente Unico en los veintes.¹⁴¹ La confusión de Gramsci es aquí virtualmente total y la prueba política de ello iba a ser muy concreta. Durante la cumbre del III Período, en 1932, Gramsci en la prisión de Turi di Bari y Trotsky en la isla de Prinkipo, desarrollaron efectivamente posiciones idénticas sobre la situación política en Italia, diametralmente opuestas a la línea oficial del PIC y de la Comintern. Prisionero y exiliado por igual llamaban a la formación de un Frente Unico para la resistencia de la clase obrera al fascismo que incluyera a los partidos socialdemócratas y una perspectiva de transición que incluyera la posibilidad de una restauración de la democracia burguesa en Italia después

de la caída del fascismo.³⁴² Ninguno de los dos, obviamente, sabía del otro en esta convergencia en la noche política de los tiempos.

Hay todavía una ironía política mayor en la confusión de Gramsci. En lo tocante a los hechos, fue sobre todo Trotsky quien dio al movimiento de la clase obrera, oriental y occidental, una crítica científica de las dos ideas de “guerra de maniobra” y “guerra de posición” en el campo en que realmente prevalecieron, la estrategia militar propiamente dicha. Las doctrinas políticas que surgieron dentro del movimiento revolucionario de Europa central en 1920-21 tuvieron su equivalencia militar exacta en Rusia. Allí, Frunze y Tujachevsky jugaron el papel de Lukács y Thalheimer. En los grandes debates militares en la Unión Soviética después de la guerra civil, Frunze, Tujachevsky, Gusev y otros habían sostenido que la esencia de la guerra revolucionaria era el ataque permanente o la guerra de maniobra. Tujachevsky declaró:

Las reservas estratégicas, cuya utilidad fue siempre dudosa, no las necesitamos en absoluto en nuestra guerra. Ahora sólo existe un problema: cómo utilizar las cantidades para ganar el máximo de fuerza en el golpe. Hay una respuesta: lanzar todas las tropas al ataque, y no mantener en reserva ni una sola bayoneta.¹⁴³

Frunze reclamaba que las lecciones de la guerra civil demostraban que la primacía de la ofensiva en una estrategia revolucionaria coincidía con la naturaleza social del proletariado mismo:

Las tácticas del Ejército Rojo se inspiraron y se inspirarán activamente en el espíritu de operaciones ofensivas audaces y enérgicamente dirigidas. Esto es lo que procede de la naturaleza de clase del ejército de obreros y campesinos y, al mismo tiempo, coincide con las exigencias del arte militar.¹⁴⁴

La guerra de posición, característica de la primera guerra mundial y de la burguesía, fue a partir de entonces un anacronismo. “La maniobra es el único medio de garantizar la victoria”, escribió Tujachevsky.¹⁴⁵

Como hemos visto, Trotsky luchó decididamente contra la “teoría de la ofensiva” como estrategia en el seno de la Comintern. Ahora llevaba a cabo una batalla paralela en su contra como doctrina militar dentro del Ejército Rojo. Respondiendo a Frunze y otros, Trotsky hizo él mismo expresamente la comparación:

Desafortunadamente, no son pocos los *papanatas de la ofensiva* entre

nuestros nuevos doctrinarios de moda que, bajo el estandarte de una teoría militar, quieren introducir en nuestra circulación militar las mismas tendencias unilaterales “izquierdistas” que alcanzaron su fruición en el III Congreso mundial de la Comintern a modo de una teoría de la ofensiva: *en la medida* (!) en que estamos viviendo una época revolucionaria, *por lo tanto* (!) el partido comunista debe implementar la política de la ofensiva. Trasladar el “izquierdismo” al lenguaje de la doctrina militar es multiplicar este error muchas más veces.¹⁴⁶

Combatiendo estas concepciones, Trotsky puso de manifiesto la falacia de hacer generalizaciones a partir de la experiencia de la guerra civil en la que las dos partes (no sólo el Ejército Rojo) habían utilizado principalmente la maniobra debido al atraso de la organización social y la técnica militar del país.

Permítanme señalar que no somos los inventores del principio maniobrista. También nuestros enemigos han hecho uso extensivo de él debido al hecho de que se desplegaban números relativamente pequeños de tropas en distancias enormes y a causa de los desastrosos medios de comunicación.¹⁴⁷

Pero, sobre todo, Trotsky criticó una y otra vez cualquier teoría de la estrategia que fetichizara ya fuera la maniobra o la posición haciendo de ellas un principio inmutable o absoluto. *Todas* las guerras deberían *combinar* la posición y la maniobra y cualquier estrategia que excluyera unilateralmente una u otra era suicida.

Se puede declarar con toda certeza que incluso en nuestra estrategia supermaniobrista durante la guerra civil, el elemento de posicionalismo existió y en ciertos casos jugó un papel importante.¹⁴⁸

Por lo tanto, concluía Trotsky:

La defensa y la ofensiva entran como momentos variables en el combate [.] Sin la ofensiva, no se puede ganar la victoria. Pero la victoria la gana el que ataca cuando es necesario atacar y no el que ataca *primero*.¹⁴⁹

En suma, posición y maniobra tenían una relación necesariamente complementaria en cualquier estrategia militar. Subestimar una u otra era convocar la derrota y la capitulación.

Habiendo descartado las falsas analogías o extrapolaciones tanto en el Ejército Rojo como en la Comintern. Trotsky continuó haciendo la predicción de que en un *conflicto militar genuino* entre las clases —es decir, una *guerra civil real y no metafórica*— habría muy probablemente un mayor posicionalismo en el Oeste que el que había habido en el Este. Todas las guerras internas eran naturalmente más maniobristas debido a la escisión que efectuaban dentro del Estado y la nación, comparadas con las guerras externas entre las naciones. En este aspecto, “la maniobrabilidad no es peculiar de un ejército revolucionario sino de la guerra civil como tal”.¹⁵⁰ No obstante, la mayor complejidad histórica de las estructuras económicas y sociales en el Oeste avanzado haría que las guerras civiles futuras fuesen de carácter más posicional que en Rusia.

En los países altamente desarrollados, con sus inmensos centros de vida, con sus cuadros de guardia blanca preparados de antemano, la guerra civil puede asumir —y en muchos casos asumirá sin duda alguna— un carácter mucho menos móvil y mucho más compacto, es decir, mucho más parecido a una guerra de posición.¹⁵¹

En los momentos finales y consumidos de la vida de Gramsci, Europa fue visitada por este conflicto. La guerra civil española iba a reivindicar la opinión de Trotsky llamativamente. Librada en el Manzanares y en el Ebro, la batalla de la República dió muestras de ser una larga prueba de posiciones, finalmente perdida debido a que la clase obrera nunca pudo volver a ganar la iniciativa de maniobra esencial para la victoria. La presciencia y el matiz del análisis de Trotsky iba a confirmarse sorprendentemente en España. La razón estaba en la pertinencia a su objeto. Era una teoría técnica y no metafórica de la guerra.

La precisión militar de Trotsky, producto de su incomparable experiencia en la guerra rusa, no confería necesariamente un privilegio equivalente a su estrategia política. Su conocimiento de Alemania, Inglaterra y Francia era, ateniéndonos a los hechos, mayor que el de Gramsci. Sus escritos sobre las formaciones más importantes de Europa occidental en el período entre las dos guerras son en gran medida superiores a los contenidos en los *Cuadernos de la cárcel*. Contienen ciertamente la única teoría desarrollada sobre el Estado capitalista moderno en el marxismo clásico en sus textos sobre la Alemania nazi. Pero aunque el dominio histórico de Trotsky sobre las específicas estructuras sociopolíticas del capitalismo en los países centrales de Europa occidental no tenía equivalente en su época, nunca planteó el problema de una estrategia diferencial pa-

ra hacer la revolución socialista en ellos, no programada por la de Rusia con la misma ansiedad o lucidez que Gramsci. En este aspecto esencial, sus problemas eran menos dificultosos.

Conclusiones

Las respuestas de Gramsci a sus problemas, como hemos visto, no los resolvieron. Las lecciones de la polémica entre Kautsky y Luxemburgo, el contraste entre Lukács y Gramsci, hoy puede, no obstante, arrojar por lo menos dos proposiciones simples y concretas. Formular la estrategia proletaria en el capitalismo metropolitano esencialmente como una guerra de maniobra es olvidar la unidad y eficacia del Estado burgués e incitar a la clase obrera a pelear contra él en una serie de aventuras letales. Formular la estrategia proletaria esencialmente como una guerra de posición es olvidar el carácter necesariamente repentino y volcánico de las situaciones revolucionarias que, por la naturaleza de esas formaciones sociales, nunca pueden ser estables por mucho tiempo y necesitan por lo tanto la mayor velocidad y movimiento en el ataque si no se quiere perder la oportunidad de conquistar el poder. La insurrección, como siempre enfatizaron Marx y Engels, es un arte de la audacia.

En el caso de Gramsci, las ineptitudes de la fórmula de una “guerra de posición” tenían una clara relación con las ambigüedades de su análisis sobre el poder de la clase burguesa. Gramsci equiparó la “guerra de posición” con la “hegemonía civil” como se recordará. Del mismo modo que su utilización de la hegemonía tendía con frecuencia a implicar que la estructura del poder capitalista en Occidente descansaba esencialmente en la cultura y el consenso, la idea de una guerra de posición tendía a implicar que el trabajo revolucionario de un partido marxista consistía esencialmente en la conversión ideológica de la clase obrera —y de ahí su identificación con el Frente Unico cuyo objetivo era ganarse la mayoría del proletariado occidental para la III Internacional. En ambos casos, el papel de la coerción —represión por el Estado burgués, insurrección por la clase obrera— tiende a desaparecer. La debilidad de la estrategia de Gramsci es simétrica a la de su sociología.

¿Cuál es la relevancia contemporánea de estos debates sobre estrategia marxista pertenecientes al pasado? Cualquier discusión real de los problemas del presente implicaría muchas preguntas a las que no se ha hecho alusión aquí. Los límites de una revisión filológica nos han impuesto estas restricciones inevitables. Temas tan centrales como la interconexión de las luchas políticas y económicas en el movimiento obrero, las alianzas de la clase obrera en las sociedades ampliamente poscampesinas, la na-

turalidad contemporánea de las crisis capitalistas, los posibles catalizadores y formas del poder dual, el desarrollo de instituciones más avanzadas de democracia proletaria —más amplias y libres que sus precedentes en el pasado— se omiten aquí. Pero deliberar aisladamente de ellas sobre las estructuras del Estado burgués y las estrategias necesarias para que la clase obrera lo derroque, puede conducir a una abstracción irresponsable, a menos que se tengan siempre en cuenta estos otros elementos necesarios en cualquier teoría marxista de la revolución socialista en Occidente. Si aceptamos esta limitación, ¿cuál puede ser la conclusión de la herencia que hemos reconstruido en este ensayo? Solo tenemos espacio y oportunidad aquí para hacer dos comentarios, estrictamente restringidos a los temas de su discusión.

La lógica de la teoría marxista indica que está en la naturaleza misma del Estado burgués el que, en cualquier encuentro final, el aparato armado de la represión desplace inexorablemente a los aparatos ideológicos de representación parlamentaria, para reocupar la posición dominante en la estructura del poder de la clase capitalista. Esta maquinaria coercitiva del Estado es la barrera última a una revolución obrera y sólo puede ser destruida mediante una contra-coerción que se la apropie de antemano. En el siglo XIX, las barricadas fueron el símbolo tradicional de esta última. Pero Lenin señaló hace mucho tiempo que estas fortificaciones tenían con frecuencia una función más moral que militar: su propósito consistía clásicamente tanto en una fraternización con los soldados como en un arma contra ellos. En cualquier revolución, la labor de la vanguardia proletaria, en palabras de Lenin, no consiste meramente en luchar *contra* las tropas sino *por* las tropas. Eso no significa, como él puso de relieve, una simple persuasión verbal para que se pasen al campo del proletariado, sino una “lucha física” llevada a cabo por las masas para ganárselos al lado de la revolución.¹⁵²

Una insurrección sólo triunfará si el aparato represivo del Estado se divide o desintegra, como en Rusia, China o Cuba. La “convención” consensual que mantiene unidas a las fuerzas de coerción debe quebrantarse, dicho de otra manera. Los ejércitos imperialistas de Europa occidental, norteamérica y Japón hoy en día están característicamente compuestos por conscriptos y reclutas provenientes de las clases explotadas, los cuales plantean una capacidad para paralizar la movilización contrarrevolucionaria en una crisis general. Un objetivo clave de la lucha política proletaria es, por lo tanto, actuar siempre sobre los hombres alistados mediante una audacia de clase y un combate opuestos de tal modo que se llegue a romper la unidad del aparato represivo del Estado. En suma, un levantamiento proletario es siempre una operación *política* cuyo objeti-

vo fundamental no consiste en infligir pérdidas al enemigo sino en reunir a *todas* las masas proletarias, ya lleven uniformes u overoles, tanto hombres como mujeres, para la creación de un nuevo poder popular. No obstante, esto es necesariamente una operación militar. Porque no importa cuánto éxito obtenga la clase obrera en la división del aparato coercitivo del Estado (ejército o policía), en desgajar importantes segmentos de él, y ganárselos para la causa de la revolución, siempre queda todavía un meollo irreductible de fuerzas contrarrevolucionarias, especialmente entrenadas y templadas en sus funciones represivas, que no pueden ser convertidas; que sólo pueden ser derrotadas. La guarnición de Petrogrado se pasó al Comité militar revolucionario: los Junkers y los Cosacos en el Palacio de Invierno todavía resistían. La infantería y la artillería pueden haberse adherido a la causa del socialismo en Portugal: los comandos y las fuerzas aéreas se mantienen intactos para eliminarlo.

Allí donde las instituciones de represión del país se desintegren demasiado abrupta o drásticamente, se desplegará la intervención externa de aparatos militares más fuertes provenientes del extranjero, controlados por Estados burgueses más poderosos; la “moneda extranjera” de la coerción hacia la que el capital local vuela cuando sus propias reservas se hundan demasiado. Los ejemplos, de Rusia a España, de Cuba a Vietnam, son famosos. La *dualidad* —interna o internacional— del aparato armado del enemigo es un elemento invariable de toda revolución. Trotsky lo captó con precisión:

Los obreros deben tomar de antemano todas las medidas para atraer a los soldados al lado del pueblo mediante la agitación preliminar; pero al mismo tiempo deben prever que el gobierno siempre se quedará con un número suficiente de soldados confiables o semiconfiables a los que pueda llamar para sofocar una insurrección; y, en consecuencia, en último recurso, la cuestión ha de decidirse en un conflicto armado.¹⁵³

La determinación del Estado capitalista en última instancia por la coerción es también cierta para el mismo aparato coercitivo. La lucha ideológica y política puede socavar una maquinaria militar burguesa en una crisis revolucionaria, mediante una conquista consensual de los hombres alistados en ella. Pero el núcleo fundamental de las unidades profesionales contrarrevolucionarias —*marines*, paracaidistas, policía de motines o gendarmería paramilitar— sólo puede ser arrollada por el ataque coercitivo de las masas. Desde el principio al final, las leyes del Estado capitalista se reflejan y deniegan en las reglas de una revolución socialista.

Una revolución así sólo tendrá lugar en Occidente cuando las masas

hayan pasado por la experiencia de una democracia proletaria que sea tangiblemente superior a la democracia burguesa. La única manera en que puede garantizarse la victoria del socialismo en esas sociedades es que represente incuestionablemente más libertad y no menos para la vasta mayoría de la población. El intacto almacenamiento de energías populares que cualquier comienzo de una verdadera democracia obrera liberaría será por lo tanto lo que proporcione la fuerza explosiva capaz de terminar con el dominio del capital. La exhibición de una nueva libertad sin privilegios debe comenzar antes de que el viejo orden sea estructuralmente cancelado mediante la conquista del Estado. El nombre de esta sobreimposición necesaria es poder dual. Las formas y los medios para su surgimiento —con o sin la presencia de un gobierno obrero en el poder— constituyen el problema crítico intermedio de cualquier revolución socialista. De momento, sin embargo, el movimiento de la clase obrera está todavía lejos de este umbral en la mayor parte de los países occidentales. Probablemente consista en que la mayoría de la población explotada en cada una de las formaciones sociales capitalistas importantes en la actualidad siga estando sometida de uno u otro modo a la ideología reformista o capitalista. Es ahí donde adquiere sentido el tema político más duradero de los escritos de Gramsci. Porque la tarea que el Frente Unico estaba destinado a desempeñar está todavía por resolver cincuenta años después. Las masas en Norteamérica, Europa occidental y Japón todavía han de ser ganadas para el socialismo revolucionario en su pluralidad. La problemática central del Frente Unico —el consejo estratégico final de Lenin al movimiento de la clase obrera occidental antes de su muerte, el interés primordial de Gramsci en prisión— retiene por lo tanto toda su validez hoy. Nunca ha sido históricamente *superado*. La necesidad imperativa sigue siendo ganar a la clase obrera antes de que pueda empezar a hablarse de ganar el poder. Los medios para lograr esta conquista —no de las instituciones del Estado sino de las convicciones de los obreros, aunque al final no habrá separación entre las dos— son el primer punto en el orden del día de cualquier estrategia socialista real en la actualidad.

Las polémicas internacionales que unieron y dividieron a Luxemburgo, Lenin, Lukács, Gramsci, Bordiga o Trotsky sobre estos temas representan el último gran debate sobre estrategia en el movimiento obrero europeo. Desde entonces, ha habido muy poca evolución teórica significativa sobre los problemas de la estrategia revolucionaria en el capitalismo metropolitano que haya tenido un contacto directo con las masas. El divorcio estructural entre la teoría marxista original y las principales organizaciones de la clase obrera en Europa se ha de resolver históricamente. La revuelta de mayo-junio en Francia, el alzamiento en Portugal, el

próximo desenlace en España, presagian el fin de este largo divorcio pero todavía no lo llevan a cabo. Las polémicas clásicas siguen siendo por lo tanto, en muchos aspectos, el límite más avanzado de referencia que poseemos hoy. No es pues un simple arcaísmo traer a colación las confrontaciones estratégicas que tuvieron lugar hace cuatro o cinco décadas. Reapropiárnoslas es, por el contrario, un paso más hacia una discusión marxista que tiene la esperanza —necesariamente modesta— de asumir una “forma inicial” de teoría correcta en la actualidad. Régis Debray ha hablado, en un párrafo famoso, de la constante dificultad de ser contemporáneos con nuestro presente. En Europa por lo menos, tenemos que ser todavía lo bastante contemporáneos con nuestro pasado.

NOTAS

- ⁹⁵ Lukács y Gorter fueron algunos de los ejemplos.
- ⁹⁶ Para una discusión completa, ver *Lineages of the Absolutist State*, pp. 345-60.
- ⁹⁷ Lenin, *Obras completas*, ed. cit., t. 17, pp. 100-109, 133. 15-, 178, 240-48, t. 18, pp. 69-76.
- ⁹⁸ *QC* III, p. 1666.
- ⁹⁹ *QC* III, p. 1636; A. Gramsci, *Notas*. . . ed. cit. p. 134.
- ¹⁰⁰ *Protokoll der Erweiterten Exekutive der Kommunistischen Internationale, Februar-März 1926*, Hamburgo, 1926, p. 126. Obsérvese que la versión francesa de este discurso en *Correspondance Internationale*, 13 de marzo de 1926, ha sido muy abreviada. Bordiga continuó haciendo una elocuente denuncia del obrerismo demagógico y las inquisiciones organizativas vigentes por estas fechas en la III Internacional.
- ¹⁰¹ Georg Lukács, *Lenin*. Ed. Grijalbo, México, 1970, pp. 12-13.
- ¹⁰² “Der Krise der Kommunistischen Internationale und der Dritte Krongress”, editorial de *Kommunismus*, 15 de junio de 1921, p. 691.
- ¹⁰³ “Spontaneität der Massen, Aktivität der Partei”, *Die Internationale*, III 8, 1921, pp. 213-14. El texto inglés se encuentra en Georg Lukács, *Political Writings 1919-1929*, Londres, 1972, p. 102.
- ¹⁰⁴ “Spontaneität der Massen, Aktivität der Partei”, p. 215; *Political Writings*, p. 104.
- ¹⁰⁵ Trotsky, “The Main Lessons of the Third Congress” en *The First Five Years of the Communist International*, I, Nueva York, 145, pp. 295-96.
- ¹⁰⁶ *QC* II, p. 1229; A. Gramsci, *El materialismo*. . . , ed. cit., p. 200.
- ¹⁰⁷ *QC* II, p. 866; A. Gramsci, *Notas*. . . , ed. cit., p. 95.

¹⁰⁸ Lenin, *Obras completas*, ed. cit., t. 35, pp. 374, 377, 378-79.

¹⁰⁹ Ibid., p. 379.

¹¹⁰ Hans Delbrück, *Über den Kampf Napoleons mit dem alten Europa*, ampliado más tarde en *Über die Verschiedenheit der Strategie Friedrichs und Napoleons*, Berlín, 1881. La inspiración remota de la teoría de Delbrück fue la nota en el epílogo del Libro 8 de Clausewitz *Vom Kriege* (de 1827), en la que Clausewitz discutía el caso de las guerras de "objetivo limitado", que se separaban por lo tanto de su esquema general en el que defendía que el objetivo de la guerra era "derrotar" al enemigo. Ver Clausewitz, *De la guerra*. Ed. Diógenes, México, 1973, t. III, pp. 313-68.

¹¹¹ Los tres primeros volúmenes aparecieron en 1900, 1901 y 1907 sucesivamente. El cuarto volumen se publicó después de la guerra, en 1920. Para las "dos estrategias", ver especialmente vol. I, pp. 123-27, y vol. IV, pp. 333-63. Otto Hintze escribió la crítica más efectiva a la explicación de Delbrück sobre la táctica militar de Federico II.

¹¹² Ver "Eine Geschichte der Kriegskunst", ahora en Franz Mehring, *Gesammelte Schriften*, vol. 8, Berlín, 1967, dedicado a sus escritos militares y titulado *Kriegsgeschichte und Militärfrage*, p. 135.

¹¹³ Ibid., pp. 147-50, 200.

¹¹⁴ La polémica entre Kautsky y Luxemburgo asumió la forma de una secuencia de largos intercambios en *Die Neue Zeit* en 1910. Estos fueron, siguiendo el orden: Kautsky, "Was Nun?", 8 de abril, pp. 33-40, 15 de abril, pp. 65-80; Luxemburgo, "Ermattung oder Kampf?", 27 de mayo, pp. 257-66, 3 de julio, pp. 291-305; Kautsky, "Eine Neue Strategie", 17 de junio, pp. 364-74, 24 de junio, pp. 412-21; Luxemburgo, "Die Theorie und Die Praxis", 22 de julio, pp. 564-78, 29 de julio, pp. 626-42; Kautsky, "Zwischen Baden und Luxemburgo", 5 de agosto, pp. 652-67; Luxemburgo, "Zur Richtigstellung", 19 de agosto, pp. 756-60; Kautsky, "Schlusswort", 19 de agosto, pp. 760-65. Hay que poner de relieve que Kautsky no atribuyó en ninguna parte sus categorías a Delbrück, al que citó sólo una vez en toda la polémica, en una referencia de paso a la historia antigua. Luxemburgo, en consecuencia, parece haber desconocido hasta el final la fuente de las ideas de Kautsky.

¹¹⁵ Delbrück equiparó expresamente una "estrategia de desgaste" (*Ermattungsstrategie*) con una "guerra de posición" (*Stellungskrieg*), durante la primera guerra mundial. Recomendada esta última para la guerra alemana en el Occidente, a diferencia de Schlieffen.

¹¹⁶ "Was Nun?", p. 38. Compárese el texto de Gramsci citado en las pp. 9-10 más arriba.

¹¹⁷ "Eine Neue Strategie", p. 369.

¹¹⁸ Ibid.

¹¹⁹ Ibid., p. 370.

¹²⁰ Ibid., p. 374.

¹²¹ "Was Nun?", pp. 37-38. Kautsky, por supuesto, estaba enterado de la existencia de la Sociedad Fabiana pero parece haber olvidado la coincidencia reveladora del héroe epónimo en su celo expositivo.

¹²² QC III, p. 1613-14; A. Gramsci, *Notas. . .*, ed. cit., pp. 92-93.

¹²³ "Die Theorie und die Praxis", p. 576.

¹²⁴ Ibid., p. 572.

¹²⁵ Ibid.

¹²⁶ "Ermattung oder Kampf?", p. 294-95.

¹²⁷ Luxemburgo había afirmado, por supuesto, la necesidad de una insurrección proletaria para la consecución del socialismo, pero tuvo tendencia a fundirla en las olas de los más vastos acontecimientos de la militancia de la clase obrera, en la que su incomensurabilidad quedó típicamente enturbiada.

¹²⁸ L. Márto, "Die Preussische Diskussion und die ruddidche Erfahrung". *Die Neue Zeit*, 16 de septiembre de 1910, pp. 907-19.

¹²⁹ Ibid., pp. 907, 913, 919.

¹³⁰ J. Karsky 9Marchlewski), "Ein Missverständnis", *Die Neue Zeit*, 28 de octubre de 1910, p. 102.

¹³¹ Lenin, *Obras completas*, ed. cit., t. 38, pp. 309-10. Márto, en frase airada de Lenin, estaba "profundizando" (remendando) a Kautsky, al negar la aplicabilidad de una *Niederwerfungstrategie* al año 1905 en Rusia (p. 427). De hecho, los comentarios de Kautsky acerca de lo que él denominaba la "política de violencia" del proletariado ruso en 1905-6 habían evidenciado una falta de entusiasmo apenas encubierta. La lectura que Márto hizo de ellos era pues bastante acertada.

¹³² "Zwischen Baden und Luxemburg", p. 665. No disponemos de espacio, aquí para adentrarnos en la historia de la cláusula de defensa", común ahora en los documentos oficiales de los herederos de la III Internacional. Baste decir que era un patrimonio común de los partidos clásicos de la II Internacional. Bebel, Turati y Bauer le dedicaron importantes discursos en los respectivos congresos del SPD, PSI y OSPD.

¹³³ QC II, p. 802.

¹³⁴ Lenin, *Obras completas*, ed. cit., t. 16, p. 383-84. Este artículo contiene la réplica que Lenin esbozó para su publicación en *Die Neue Zeit*, en respuesta al uso hecho por Márto de la "estrategia de desgaste" de Kautsky durante la elaboración de la cual escribió su carta a Marchlewsky. El artículo fue rechazado por Kautsky y nunca se imprimió en Alemania.

¹³⁵ QC III, p. 1616. El mérito de haber descubierto por primera vez este pasaje se debe a Quintin Hoare, en su recopilación de las secciones políticas de *Selections from the Prison Notebooks*. Gramsci se estaba refiriendo al discurso de Trotsky ante el IV Congreso mundial del Comintern en 1922.

¹³⁶ QC II, p. 937. QC III, p. 1636; A. Gramsci, *Notas. . .*, ed. cit., p. 134.

¹³⁷ QC II, p. 802; A. Gramsci, *Antología. . .*, ed. cit., p. 135 y *Notas. . .*, ed. cit., p. 95. Se ha creído a veces que este pasaje se refiere al movimiento fascista y no al comunista. Un meticuloso estudio del mismo parece excluir esta hipótesis. Los "enormes sacrificios" hechos por las "masas" son inconfundiblemente una referencia a la clase obrera. De igual modo, Gramsci no hubiera nunca considerado al fascismo definitivamente victorioso en Italia; en el contexto de este párrafo, su instala-

ción en el poder lo hubiera considerado tal. En general, el hincapié en la autoridad y la disciplina ultracentralizadas debería probablemente vincularse en este caso a la petición (de otra manera enigmática) de un "mando único" de un Foch proletario en el texto más importante sobre el Oriente y el Occidente. *QC* II, p. 866.

¹³⁸ "*Ermattungstaktik war's, was dir behagte*" ("DE lo que gozabas era de las tácticas de desgaste"): "An Walter Benjamin", en Bertolt Brecht. *Gesammelte Werke*, vol. x. Frankfurt, 1967, p. 828. Brecht no se hacía muchas ilusiones sobre la eficacia práctica de la perspectiva de su amigo: "*Der Feind, der dich von deinen Büchern jagte/Lässt sich von unsereinem nicht ermatten*" ("El enemigo que te saca de tus libros/no lo desgastará gente como nosotros").

¹³⁹ Para el texto del Athos Lisa Report, ver *Rinascita*, 12 de diciembre de 1964, pp. 17-21. En él, Gramsci discute los problemas militares de una revolución italiana futura con excepcional precisión técnica y organizativa.

¹⁴⁰ *QC* I, p. 120.

¹⁴¹ "On the United Front", en *The First Five Years of the Communist International*, vol. II, Nueva York, 1953, pp. 91-104.

¹⁴² Para las opiniones de Gramsci, ver Paolo Spriano, *Storia del Partito Comunista Italiano*, vol. II, Turín, 1969, pp. 262-74. Los análisis de Trotsky sobre la situación italiana se pueden encontrar en *Writings of Leon Trotsky 1929*, Nueva York, 1973. Están recogidos y discutidos en Silverio Corvisieri, *Trotskij e il Comunismo Italiano*, Roma 1969, pp. 326-35.

¹⁴³ *Voyna Klassov*, Moscú, 1921, p. 55.

¹⁴⁴ Tesis presentadas al XI Congreso del PC(b).

¹⁴⁵ *Voyna Klassov*, p. 105.

¹⁴⁶ *Military Writings*, Nueva York, 1969, p. 47.

¹⁴⁷ *Ibid.*, p. 25.

¹⁴⁸ *Ibid.*, p. 85.

¹⁴⁹ *Ibid.* pp. 65, 88.

¹⁵⁰ *Ibid.*, pp. 65, 88.

¹⁵¹ *Ibid.*, pp. 84-85. Trotsky tuvo la precaución de continuar inmediatamente diciendo que esto no significaba que la lucha militar entre las clases en Occidente pudiera describirse en ningún caso como una pura "guerra de posición". "Generalmente hablando, no se puede ni siquiera hablar de una especie de posicionalismo absoluto, tanto menos en una guerra civil. Aquí lo que se cuestiona es la relación recíproca entre los elementos de maniobrabilidad y posicionalismo." (p. 85).

¹⁵² "Como es natural, si la revolución no adquiere un carácter de masas y no influye en las tropas, no puede hablarse de una lucha seria. De suyo se comprende la necesidad de un trabajo entre las tropas. Pero no debemos figurarnos que se pasarán a nuestro lado de golpe, como resultado de la labor de persuasión o de sus propias convicciones. La insurrección de Moscú demuestra vivamente lo que hay de rutinario y de inerte en esta concepción. En realidad, la vacilación de las tropas, fenómeno inevitable en todo movimiento auténtico popular, conduce, al generalizarse la lucha revolucionaria, a una verdadera *lucha por las tropas*". Lenin, *Obras completas*, ed. cit., t. x, pp. 178-79.

¹⁵³ *Where is Britain Going?*, Nueva York, 1973, p. 87.